

Indios y vaqueros



La migración de México a los Estados Unidos, legal o no, es ahora un fenómeno cotidiano circular y vertiginoso: los migrantes laboran en determinadas estaciones y regresan para transformar sus pueblos natales con hábitos adquiridos en el norte. Y, en un fenómeno que ha reconstruido la rebuscada noción del "chicano", con su ambigua y por lo general negativa visión de la historia americana (morenos y blancos en constante lucha), la migración mexicana se ha expandido de los tradicionales centros

mexicanoamericanos del suroeste, donde se encontraba la mayoría de los grandes barrios mexicanos prácticamente sin contacto con otros grupos raciales o étnicos, hacia las zonas asiáticas o negras de las ciudades y, en una circunstancia histórica inédita y única, incluso las áreas originalmente negras y blancas (y pobres) del centro y sureste estadounidense.

Para mí, estos cambios son más que evidentes, pero en las noticias de la noche el eje blanco-negro es aún omnipresente, y la interacción de los "nativos" con los "migrantes" se reduce a un debate epigramático sobre los pros y los contras de la "migración".



Se habla muy poco sobre el hecho de que la migración es una cuestión de dos sentidos. Hoy, debido a que las antenas parabólicas se distribuyen igualmente tanto en el primer mundo como en el mundo en "desarrollo", el acceso a MTV y a CNN (que recientemente empezó a transmitir una edición en español las 24 horas) es universal. Todos bailamos al ritmo del mundo.



Y, aunque podría ser más difícil de apreciar a primera vista, la presencia de la migración mexicana en los Estados Unidos ejerce su influencia sobre la cultura "nativa".

Los teóricos del urbanismo hablan de cómo se redistribuye el espacio público de varias grandes ciudades del tipo de Los Ángeles (extendida, sin centro, con poca vida en la calle). Los vendedores ambulantes tropicalizan las aceras con puestos de fruta y casetes piratas de salsa, merengue y cumbia. La Virgen de Guadalupe comienza a

aparecerse en las calles de ciudades anteriormente anglosajonas. Y, como muestra de que la interacción trasciende lo superficial (como los ubicuos Taco Bell's y Burrito Brothers en todo el país), los matrimonios mixtos se incrementan rápidamente (en California, cerca del 30 por ciento de las parejas jóvenes es interétnico o interracial).

Hay claros signos de mestizaje migratorio en las ciudades norteamericanas. Los hijos de los migrantes latinos que viven en los barrios originalmente negros adoptan el estilo del hip-hop y, a cambio, ofrecen su estética tropical a los negros estadounidenses. En la costa este uno de los bailes en boga se llama "merengue-house".

Una vez más este proceso, para mí, es obvio y, cada vez más, prevalente tanto en las grandes ciudades como en las áreas rurales de los Estados Unidos. Y más aún, es una cultura popular virtualmente invisible a los ojos del *m*



He pasado la mejor parte del año anterior documentando las conexiones entre Cherán, Michoacán, y las ciudades y pueblos dispersos a través de los Estados Unidos, y puedo asegurar que ni la Proposición 187 ni la restrictiva Reforma sobre Inmigración de 1996 han frenado el proceso de integración. Lo que han logrado estas medidas es que la proposición de integración se convierta cada vez más en una propuesta de vida o muerte.



En los últimos años Washington sólo había defendido la frontera sur en términos retóricos, como lo había hecho durante décadas; ahora ha asignado millones de dólares al Servicio de Inmigración y Naturalización y a la Patrulla Fronteriza para que redoblen sus esfuerzos en relación con las nuevas leyes antimigratorias. El número de "ilegales" detenidos aumenta dramáticamente, lo mismo que los riesgos al cruzar. De acuerdo con un informe de la Universidad de Houston, cerca de 3,000 migrantes han muerto en el intento en la última década, una cantidad que podría ser la de las bajas en una guerra de baja intensidad. La mayor parte de los decesos son de personas ahogadas en el río Bravo o deshidratadas al extraviarse durante días en el calor infernal del desierto suroeste.

La Patrulla Fronteriza (la Migra) lanzó una campaña hace dos años para tratar de refrenar a los futuros ilegales provenientes de México: "Quédate afuera, quédate vivo" ("Stay Out, Stay Alive"). Eso y colgar los cadáveres de la cerca en la frontera era casi lo mismo. Pero lo que ha aprendido la mayoría de la gente que he conocido en las rutas migratorias es lo contrario: quedarse inmóvil, en estos días, es morir; moverse es vivir.



Los "ilegales", es cierto, han violado las fronteras nacionales, pero el haberlo hecho es precisamente lo que ha asegurado su supervivencia, tanto en el plano económico como en el cultural.

En los medios estadounidenses México se percibe grande, pero no se trata de una imagen agradable. En la mayoría de ellos pareciera que, hoy por hoy, los Estados Unidos detestan a México. Pero es tanto que eso sólo puede revelar que en realidad gran parte de esa abominación es deseo. Es cierto, los Estados Unidos deben admitirlo: tanta repulsión sólo puede significar un deseo voraz. Veamos, los Estados Unidos quieren a México, pero a su manera. Quieren los beneficios del Tratado de Libre Comercio, además de las habituales ventajas turísticas, como muchachas lozanas, cerveza oscura y playas tropicales de finísima arena blanca. Pero también temen que los extraños los transformen en el proceso -con lo que dejarían de ser "americanos", ¿no es así? (Los gringos se lamentan del auge del nacionalismo en todo el mundo, pero nunca se dan cuenta de que ellos sufren de una buena dosis del mismo.)



Pero el indio mexicano también está ya en el corazón de Norteamérica. Y los Estados Unidos, mediante el pop, están irremediabilmente incrustados en la imaginación de la nación india más al sur. No existe una discusión seria en torno a la retirada estadounidense del Tratado de Libre Comercio, principalmente porque nadie en ese país puede señalar con exactitud las consecuencias negativas que han resultado del mismo. (Por la parte mexicana, la discusión es mucho más

intensa: la migración masiva está más relacionada con las áreas rurales, donde los campesinos que apenas sobrevivían se vieron aún más afectados gracias precisamente a las reformas económicas que México puso en marcha con el fin de hacer el Tratado más apetitoso para los vecinos del norte.)



A pesar de la crisis económica mexicana en el sur no cesa el optimismo migratorio: si algo bueno ha dejado la crisis en los mexicanos es su férreo apego a la esperanza, ya que es todo lo que tienen... Aún más, la lógica obliga a los mexicanos a seguir yéndose al norte porque en realidad hay amplios mercados de trabajo en toda suerte de industrias, desde la agricultura y la industria ligera hasta el inmenso sector de servicios (restaurantes, hoteles, etc.). No se dirá que los mexicanos no son optimistas

incluso en sus horas más negras.

Algo notable les ha sucedido a los "americanos" y a los mexicanos, a los vaqueros y a los indios. Alguna vez los vaqueros fueron los optimistas y los indios los pesimistas. ¿Pero quiénes se están moviendo ahora? ¿Quiénes actúan a la defensiva, quiénes sueñan con ascender social y económicamente, quiénes albergan fantasías paranoides, quiénes aprueban la Proposición 187, quiénes aprueban la ley de doble nacionalidad?



Date una vuelta por Broadway, en el viejo centro de Los Ángeles, y dime lo que ves. Vaqueros, quiero decir, indios vestidos de vaqueros: sombreros Stetsons, pantalones de mezclilla, botas de piel de víbora. (En tanto, curiosamente, para el "hombre blanco" ha sido común durante los últimos años buscar el Gran Espíritu en los temazcales de los "pieles rojas".) ¿Se travisten los indios como vaqueros? Los indios montan el caballo del vaquero: en las estaciones de los Greyhound de todo el país los mexicanos esperan autobuses cuyos letreros dicen St. Louis, Chicago, Raleigh, Houston. Si ellos se han convertido en nosotros, ¿quiénes somos nosotros?

Nuestras espaldas están mojadas...